

El arte de narrar

Por Diego Gándara

"Jamás sabremos qué cara del mundo emergerá tras tanto trabajo dilapidado al escribir", dijo hace poco Rodolfo Enrique Fogwill, el autor argentino que durante más de veinte años se ha dedicado a dilapidar sus energías en el incierto mundo de la literatura y que ahora, por fin, empieza a ser valorado fuera de su país natal, donde desde hace tiempo es objeto de culto gracias a su incendiario estilo. El tardío reconocimiento internacional que Fogwill goza por estos días lo sitúa junto a otros talentosísimos escritores argentinos de su generación, como Juan José Saer y Ricardo Piglia, quienes, al igual que él, fueron opacados al comienzo de sus carreras por el fenómeno editorial del *boom* latinoamericano.

Definido alguna vez por Jorge Luis Borges como "el hombre que más sabe de cigarrillos y de autos", Fogwill se ha ganado un indiscutible lugar entre los escritores más importantes y controvertidos que la Argentina ha dado en las últimas décadas. Acusado de irritante, fascista, arbitrario y polémico, Rodolfo Enrique Fogwill —que firma sus libros como Fogwill, a secas— posee la rara virtud de suscitar, al mismo tiempo, apologías y rechazos, porque lo que hace en sus obras es dinamitar las convenciones establecidas y retratar épocas con la capacidad de un entomólogo.

Nacido en Buenos Aires en 1941, de profesión sociólogo, durante muchos años Fogwill trabajó como consultor de empresas líderes en el área de publicidad y fue presidente de una de las mayores organizaciones argentinas de servicio de *marketing*. Entre sus méritos, se enorgullece de ser el autor de algunos de los eslóganes más famosos de la historia publicitaria de su país y de haber escrito los chistes y los horóscopos que aparecían en el envoltorio de Bazzoka, el viejo y conocido chicle que masticaron generaciones de argentinos.

Su carrera empresarial, sin embargo, llegó a su fin en 1980 después de recibir un premio en un importante

certamen literario por el cuento "Muchacha Punk". A partir de entonces, "una trama de malentendidos y desgracias", según ha declarado, lo llevaron a su actual oficio de escritor, un oficio de tiempo completo que atraviesa varios géneros y que ha hecho de él un autor imprescindible de la escena literaria argentina.

Novelista, cuentista, poeta, en 1982 se convirtió en un autor de culto con *Los pichiciegos*, un libro escrito al calor de los acontecimientos de la Guerra de las Malvinas. La novela, que narra la historia de un soldado de origen árabe que conduce a un grupo de compañeros para comerciar con el enemigo durante el conflicto bélico entre Argen-



Juan José Millás.
Dos mujeres en Praga.
Espasa Calpe, España, 2002,
230 pags.

La prosa ágil y el poderoso talento narrativo de Juan José Millás brillan con luz propia en esta novela, ganadora por unanimidad del VI Premio Primavera. Novela de intriga apasionante que vislumbra en los territorios de la existencia.



Martin Amis.
Niños muertos.
Anagrama (col. Panorama de narrativas 503), Barcelona, 2002,
286 pags.

Construida bajo la estructura de la reunión de personajes en un lugar aislado, *Niños muertos* es un esperpéntico, sangriento y muy divertido ajuste de cuentas del autor con la cultura del placer inmediato.

tina e Inglaterra, tuvo un carácter profético: mientras que en Argentina se pensaba en el triunfo militar y en la continuidad del gobierno de Leopoldo Fortunato Galtieri, Fogwill se anticipó a los hechos y pronosticó la caída de la dictadura. Vanidoso, consciente de su talento, Fogwill ha declarado, hace algunos años, que "*Los pichiciegos* es una gran obra literaria, y no sé si hay alguien familiarizado con la problemática de la ficción que apueste a que en el futuro pueda aparecer algo mejor".

El lenguaje de las modas. Con sesenta años y "treinta kilos de cocaína", tal cual ha dicho en una breve autobiografía, Fogwill hace frente a la crisis económica argentina ejercitando los músculos del cuerpo y poniéndole cuerpo a la ficción. El año pasado se despachó con una nueva novela, *La experiencia sensible*, y en España acaba de salir otra, *En otro orden de cosas*. En ambas, Fogwill retrata un momento crucial de la Argentina, los años setenta, con la misma lucidez que pintó los noventa en *Vivir afuera*, la novela que generó más malentendidos y discusiones en los últimos años en la Argentina y que mostró los efectos individuales y sociales de las modas y las ideologías en auge durante la década de Menem.

Vistas a la luz de los últimos acontecimientos que se produjeron en la Argentina y que derivaron en la actual crisis económica y política que vive el país, *La experiencia sensible* y *En otro orden de cosas* forman las dos caras de una moneda y pueden ser leídas (aunque no necesariamente) en tándem, pues actúan como una radiografía precisa y especular de la década del setenta y, al mismo tiempo, miden el pulso de lo que por entonces era sólo un presagio de lo que vendría y cuyos efectos, nocivos y patéticos, están a la orden del día en la Argentina de hoy.

En otro orden de cosas narra diez años en la vida de una pareja que apostó por el devenir de la revolución y terminó contemplando las ruinas y las cenizas de un país en llamas. Entre 1971 y 1982 (años en los que

transcurre la novela) no sólo van cambiando los sueños, los fracasos y los derroteros de los personajes, sino que sus vidas siguen el ritmo que marcan los acontecimientos y la Historia.

Así, Fogwill combina, gracias a su capacidad para captar los registros lingüísticos y políticos de la época, los elementos más nimios (un secador de pelo, unas pilas, los cigarrillos) con una trama vertiginosa y violenta que se entretreje en el orden de las cosas, metáfora perfecta de un país que se ordena y se arma, precisamente, desde el terrorismo de un Estado armado cuya misión es imponer el orden por la fuerza y la violencia.

En ese sentido, pese a estar ubicada en los años setenta, *En otro orden de cosas* es quizás una de las novelas más actuales que se ha escrito en la Argentina del último tiempo. Fogwill construye una trama en un tiempo pasado para hablar de un tiempo presente. Su apuesta narrativa, sin embargo, no es nueva en la tradición literaria argentina ni en el *corpus* novelístico de Fogwill. Basta citar los casos de Ricardo Piglia con *Respiración artificial*, José Pablo Feinmann con *Ni el tiro del final* o, para ir más lejos, *El agua* de Enrique Wernicke.

Lejos de ubicarse en ese género bastardo que, a falta de un nombre mejor, se le conoce como novela histórica, la apuesta literaria de Fogwill sigue siendo una de las más violentas y potentes de la narrativa actual. Veterano *enfant terrible* que no guarda reparos a la hora de hablar de sus colegas y de ubicarse a un lado del camino cuando de definiciones se trata, Fogwill, en lugar de pensar en una tradición literaria, ha dicho que prefiere imaginar un seleccionado argentino de escritores, un concepto más variable y más vasto que incluye distintos criterios y autores como Horacio Quiroga, Jorge Luis Borges y Elvio E. Gandolfo. Él, en principio, opta por excluirse, aunque es seguro que, en un futuro no muy lejano, su nombre será imprescindible para comprender la literatura y la historia argentinas de los últimos años. ●